CARLOS KELLER R.

Los orígenes de Quillota

Apartado del Boletín de la Academia Chilena
de la Historia, N.° 61

Santiago de Chile
1960

RAÚL SILVA CASTRO

Discurso de recepción al Académico don Carlos Keller, leído en junta pública de 3 de diciembre

Apartado del Boletín de la Academia Chilena
de la Historia, N.° 61

Santiago de Chile
1960

Discurso de recepción al Académico Don Carlos Keller,
leído en junta pública de 3 de diciembre

Por
RAÚL SILVA CASTRO
Académico de número

Señoras y señores:

El objeto de esta sesión solemne es conocido ya, merced a las publicaciones que la han anunciado. La Academia Chilena de la Historia recibe en su seno a un nuevo miembro del número, don Carlos Keller, que llega a ella después de haber cumplido larga y provechosa carrera de escritor en temas tan variados como la geografía, la historia y la estadística, y de haberse hecho notar como ensayista y profesor universitario. Con esta designación, que recibió hace ya algunos meses el voto de los miembros de esta Academia, se satisface una necesidad de justicia en la cual emulan todos los integrantes de esta corporación. La Academia Chilena de la Historia no puede permanecer ajena al mérito de quienes hacen profesión del estudio de las necesidades nacionales, y quisiera tener en su seno a cuantos hayan probado, en las lides del saber y de la cultura, amor al pasado y fe en el porvenir, para prestarles un ambiente de paz y de estudio que es sin duda el más adecuado para proseguir las obras en marcha y para que se siga enriqueciendo el acervo cultural de la nación.

Al levantarme en esta ocasión a dar la bienvenida al señor Keller, cumplo con un encargo que me ha confiado la mesa directiva de la Academia Chilena de la Historia, la cual no ignora los viejos e inalterables vínculos de afecto y de comprensión intelectual que me unen al nuevo académico. No haré, sin embargo, un detenido elogio de las iniciativas culturales del señor Keller, a fin de no postergar en demasía el momento en que él mismo diga a los académicos lo que le interesa comunicarles. Lo que sí diré en el acto, para que, si es posible, quede resonando en los oídos de todos, es que veo con mucho placer al señor Keller cruzar la puerta de este recinto y tomar asiento entre los miembros del número de la Academia Chilena de la Historia. Sé que es trabajador, enérgico y activo, y confío en que habrá de poner estos rasgos connaturales de su personalidad al servicio de la institución que le incorpora en su seno, de modo que todos habremos de salir beneficiados con su empeño y su esfuerzo. Y habrá de ser también beneficiada la patria, deidad tutelar a la que el señor Keller rinde cotidiano culto con su perseverante labor científica. Sólo un patriota de largas vistas puede contemplar, como él, con infatigable optimismo, el porvenir de la nación, allegando todas las luces que franquea la cultura y que acrecientan las vigilias del estudio, a la premiosa labor de ponerlo en evidencia para todos los chilenos.

De la vida de nuestro nuevo colega extraigo datos que configuran la importante participación que ha logrado en la vida cultural de Chile. Nacido en Concepción, en 1898, hizo estudios preparatorios en el liceo de aquella ciudad para ir en seguida a Alemania, la patria de sus abuelos, donde hubo de frecuentar las aulas de las universidades de Berlín, de Bonn y de Wurzburg, todo ello con

tanto empeño y dedicación que ya en 1921 recibía el título de doctor en Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales. Este título, sin embargo, que puede abrir paso a carreras administrativas y técnicas, no es en sí adecuado para ejercer profesiones de las que en Chile llamamos liberales, así es que vuelto a su tierra natal el Dr. Keller hubo de arrinconar la mención en que se habían cifrado sus dilatados estudios. En Chile ha sido profesor de la Universidad de Concepción y, desde que reside en Santiago, Director de Estadística, profesor de Sociología en diferentes escuelas e institutos y comisario del Censo Económico de 1943. Hoy mismo, sin perjuicio de reservarse tiempo para muchas otras labores distintas, es uno de los más importantes funcionarios de la proyectada Enciclopedia Chilena, para la cual colabora en las especialidades que son de su competencia: economía, sociología, estadística, historia, geografía.

En libros de títulos audaces, La eterna crisis chilena y Un país al garete (1932 y 1933), recogió el señor Keller algunas de sus inquietudes acerca del desarrollo de Chile. No quisiera él, como nosotros, ver retardado el progreso de la patria, y en consecuencia habrá de lanzarse una y otra vez a buscar en el dominio de la ciencia la explicación de los fenómenos que ostenta la vida económica del país, deformada por la miseria. Y más adelante, saliendo del libro, ha podido divisársele comprometido en aventuras de corte político con las cuales quería el soñador adelantar la hora de la participación que a su juicio deben cobrar en la vida pública los especialistas, es decir, los políticos por inquietud patriótica, por amor al progreso de la nación, antes que por cálculo refinado sobre el provecho que se haya de obtener del paso por el poder público. Algunas de las experiencias de esos días tuvieron vestidura literaria en La locura de Juan Bernales (1949), único intento que el señor Keller ha tributado a la forma de la novela. Al protagonista puede llamársele loco sólo por ironía o por antífrasis. En el fondo, pudiera pensarse que no es sino un patriota acelerado, a quien todos los marcos duelen, que busca romper los límites de la personalidad vulgar y que, en fin, sacude desesperadamente los barrotes de la jaula en que le secuestraron los prejuicios, las concupiscencias, las complicidades de los más, esto es, de los partidarios de la modorra eterna y del progreso a gotas. A la distancia, pues, tan audaces son aquellos dos libros de estudios económicos como éste que mueve seres humanos activos y gesticulantes.

Del Censo Económico a que ya se aludió obtuvo el señor Keller los materiales básicos para su estudio sobre El Departamento de Arica (1946), que es sin duda uno de sus libros fundamentales. En este bello trabajo no se sabe en realidad qué admirar más, si las bases teóricas del Censo, expuestas con claridad persuasiva y en el más breve número de palabras, o si la descripción geográfica del departamento. En esta última, desde luego, hay más elementos de fruición: los gráficos, las fotografías, todas las ilustraciones en fin con las cuales el geógrafo nos va interiorizando en la vida ariqueña, repleta de promesas. Pero las bases teóricas de un censo general para el país, en el cual se contemplen los hechos nacionales sin anteojeras, también son seductoras. La conclusión a la cual, grosso modo, llega el autor, es que jamás se han abierto tanto las puertas de un estudio estadístico de Chile como para que en él entren todas las realidades nacionales. En el caso de Arica está a la vista, por ejemplo, la supresión sistemática, que por muchos años se hizo, de la mención de los auchénidos, que pastan en los valles

altos, que forman manadas y que los aborígenes ordeñan y esquilan y a los cuales, en fin, sacrifican, de vez en cuando, para las necesidades de la alimentación. Esos auchénidos del norte equivalen a los ovejunos que constituyen el capital lanar de la república en la provincia de Magallanes, y si éstos figuran y pesan en el balance de la realidad chilena, no se ve por qué hubieran de ser eliminados aquéllos. Buscando con método, con pasión, con fe, con entusiasmo diligente, pero sobre todo con ejemplar espíritu de observación, el señor Keller, como estadístico, llegó a la conclusión de que los censos de Chile y las demás operaciones que se habían organizado para contar las existencias nacionales, en lugar de decir sobre éstas la verdad, parecían dispuestas como para enmascararlas. No de otra suerte se explican los vacíos, las incoherencias, las eliminaciones. ¿Ha contado alguien las aves que crían los campesinos de todo Chile en sus cercos? ¿Deben contarse o no los árboles frutales (chirimoyos y paltos) que forman la riqueza de los huertos en La Cruz y en Quillota? La leche de cabra, tan usada en el campo, ¿interviene o no en la cuenta de la leche que, en general, se atribuye a la alimentación del pueblo chileno?

Pudiera ocurrir que si estos rubros olvidados se ponderaran en unidades calóricas, vitamínicas, etc., quedase arrasada la leyenda de la baja alimentación del pueblo chileno y destruida, por lo tanto, una de las más eficaces bases de sustentación de algunas doctrinas políticas. Al señor Keller, sin embargo, no le importan ni le interesan las consecuencias meramente políticas de sus observaciones. Como geógrafo, describe; como estadístico, cuenta, y ya se verá qué ocurre con la leyenda negra del latifundio chileno y de la desnutrición consiguiente, el día en que la realidad nacional, vista de nuevo por los ojos que escudriñan, revele ser perfectamente capaz de proporcionar al pueblo, en vigoroso auge demográfico, las bases de una eficiente, variada y substanciosa nutrición.

A este último aspecto de la realidad nacional dedicó el señor Keller uno de los más importantes estudios que llevan su firma, Revolución en la Agricultura (1956), que ha corrido con singular estimación entre los especialistas desde la fecha en que salió a luz. No cabe en estas líneas de saludo examinar, ni siquiera al paso, las tesis fundamentales de esa obra, una de las más extraordinarias que sobre la materia se hayan lucubrado en Chile, país que ha mostrado ser tan fértil en recetas para mejorar el estado de la vida ambiente como estéril en el aprovechamiento de las mismas. Revolución en la Agricultura es, en todo caso, un bello esfuerzo para poner en exhibición los logros de los cultivos agrícolas de Chile, así en la vida pretérita como en la presente, logros que, por lo demás, el autor justifica en la necesidad que sucesivamente se ha presentado al país de atender nuevas masas demográficas con recursos territoriales muy medidos. El señor Keller cree, en fin, que la tierra agrícola chilena acepta alguna expansión y que podrá satisfacer, en el inmediato futuro, las necesidades alimenticias del pueblo, aunque éste crece actualmente en proporción imprevista hace muy pocos años, esto es, cuando lo diezmaban enfermedades que hoy combaten con singular eficacia los antibióticos y otros medicamentos.

Y si bien una enumeración exhaustiva de las publicaciones del señor Keller podría convertir estas palabras en una árida nómina de rasgos bibliográficos, no podríamos ponerles término sin aludir, siquiera muy por encima, a la colaboración que se le debe en diversas publicaciones periódicas. Además de haber sido

director de la revista Acción Chilena (1934-7), en la cual centenares de páginas son del señor Keller, lleven su nombre o no, ha escrito en La Información, en La Nación, en La Hora, en Atenea y en la Revista Chilena de Historia y Geografía, y últimamente, en fin, en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia, publicación que, como indica su nombre, sirve para dar cuenta principalmente de los estudios que redactan los miembros de esta institución, a medida que pueden exhibirlos para el juicio ilustrado de los de fuera.

Por lo que llevamos visto, el señor Keller se ha distinguido en nuestro ambiente intelectual merced a la amplitud ecuménica de sus investigaciones. Ya es geógrafo como abarca la estadística; va de la política a la sociología; inquiere en la geología el secreto de algunas comarcas alejadas habitualmente de la atención de los chilenos, y estudia, alternativamente, la realidad demográfica de la nación como la religión de los yaganes. Los temas económicos fueron su especialidad durante algunos años; pero en los últimos lustros, más amplia ya su visión, le hemos encontrado de preferencia en la historia, con lo cual se acerca mucho al padrón habitual de nuestros estudios. Cuando llegó el instante de reeditar Los aborígenes de Chile, el extraordinario libro de Medina, fue él quien le redactó una introducción metódica en la cual debía pasarse revista a todas las adquisiciones de la ciencia antropológica sobre el tema. Y hoy mismo, en la monografía sobre Quillota que le vais a oír, son luces de antropología histórica las que a menudo dan vida a ese relato, apasionante de otra parte, en que una comarca aparece elevada a la categoría de cartabón para apreciar algunos progresos positivos de Chile y algunos ideales que cabe avizorar para una próxima realización.

Al ceder la palabra al nuevo académico para que dé lectura a su discurso de incorporación, queda cumplido el encargo que se sirvió confiarme la mesa directiva de esta Academia. A él quiero añadir un saludo personal muy afectuoso. He seguido de cerca, a lo largo de muchos años, la hercúlea tarea de interpretación de la realidad nacional que ha echado sobre sus hombros el señor Keller, y la celebro y aplaudo con entusiasmo, si bien no siempre me haya encontrado yo en absoluto y cabal acuerdo con la filosofía sociológica y con los ideales políticos a que ella ha propendido. Disentimientos aparte, no creo que se le puedan escatimar las felicitaciones y cualquier forma de colaboración que pida su autor. Cuando se estudia a fondo el país en el cual se ha nacido y se vive y el pueblo de que se forma parte y la sociedad que se integra, no se estrecha el criterio ni disminuye la tolerancia del observador y del crítico sino que, al revés, por una ley psicológica de ineludibles efectos, se amplía nuestra aceptación de los hombres útiles a la nacionalidad y se termina por convenir en que ésta será más rica mientras más generosa se muestre en la asimilación del saber de unos y de otros, del empeño de todos y de la fe en el futuro que suele ser la dote de los menos. En mi calidad de observador y de crítico de los provechosos estudios del señor Keller, creo llegado el momento de pedir a los presentes el justo aplauso que ellos merecen, precisamente cuando su autor se encuentra aquí y puede recibirlo sin que ningún intermediario entibie su calor o amengüe su cordialísimo alcance.

He dicho.

CARLOS KELLER R.

Los orígenes de Quillota

Apartado del Boletín de la Academia Chilena
de la Historia, N.° 61

Santiago de Chile
1960

Los orígenes de Quillota *

Por
Carlos Keller R.
Académico de número

Señor Presidente, señores académicos, señoras y señores:

Al agradecer debidamente la inmerecida designación de miembro de esta Academia, con que me habéis querido honrar, he creído que en realidad la calidad de académico no calza a mi modesta persona, demasiado acostumbrada a seguir caminos propios, quizás exageradamente independiente en sus métodos y dispuesta a asumir responsabilidades propias respecto de las conclusiones a que permitan llegar, que lo que comúnmente se suele conceptuar como compatible con un académico. ¡Tanto más honroso para vosotros, haber querido contar entre los vuestros a un colega que —permitidme decirlo sin ninguna jactancia— es un tanto rebelde y difícil de catalogar!

Mucho me temo que el asunto de esta mi primera actuación Publica en vuestro seno caiga en esa categoría.

He querido distraer vuestra atención por algunos instantes con un tema que podríamos llamar la continuidad del devenir histórico.

Hay entre nosotros muchos que admiten una ruptura, una escisión absoluta en 1540; así como otros tratan de igual manera lo que ocurrió antes y después de 1810.

Yo pertenezco a una escuela histórica que proclama que la historia comienza con la aparición del hombre sobre la tierra, hace quizás medio millón de años, y que ella ha sido continua desde entonces (1).

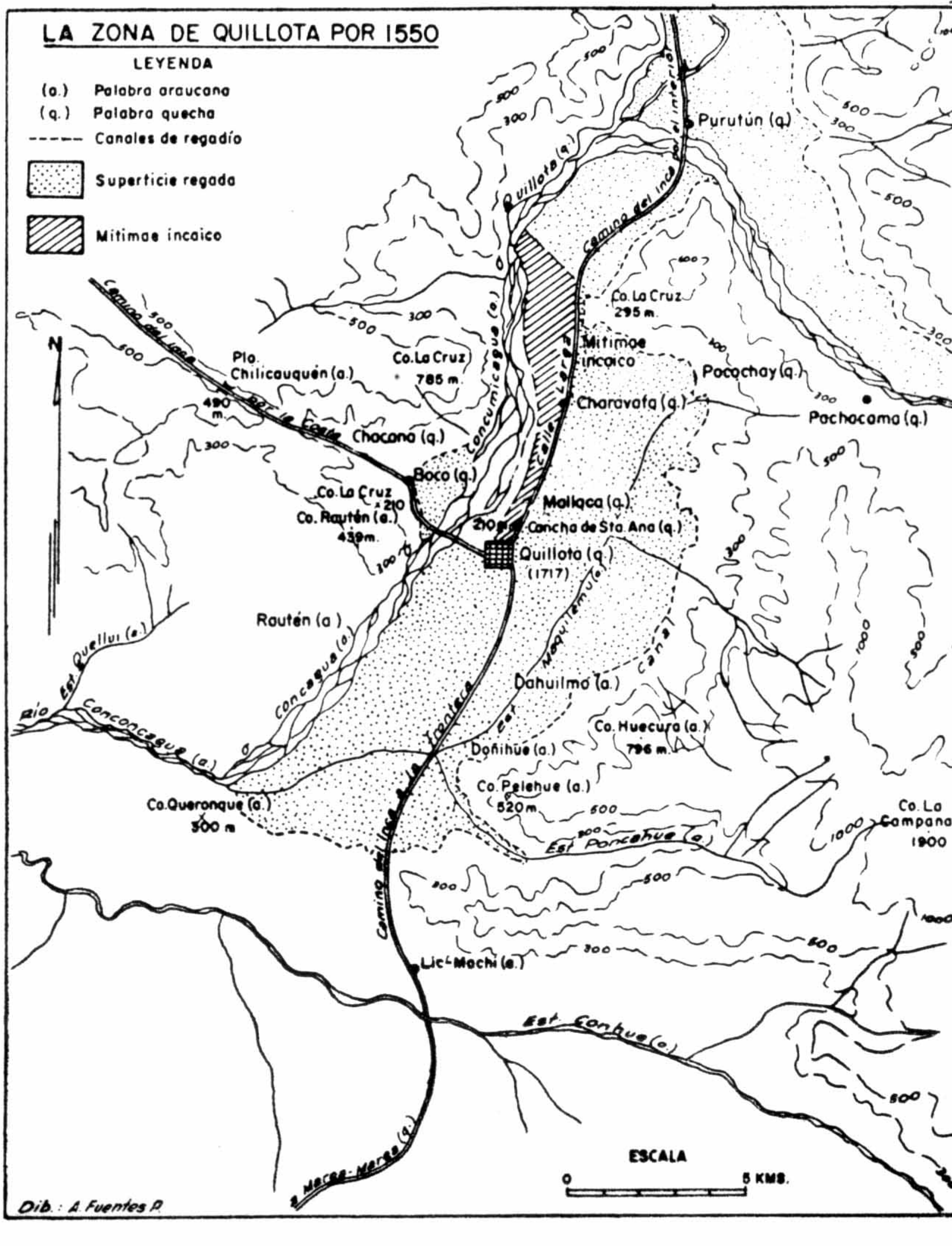
Ha habido, en ese lapso, como en toda la naturaleza, períodos evolutivos, de decadencia y revolucionarios, pero no ha habido solución de continuidad.

He creído interesante colocarme en esta ocasión precisamente en un momento revolucionario del devenir histórico, en la llegada de los españoles a nuestro país, en la incorporación de nuestro territorio al mundo occidental, para analizar cómo ocurrió esa transición de lo indígena a lo español. Y para mostrar lo que resultó de ese choque.

Conforme al criterio que acabo de expresar, de que la historia es un proceso continuo sin solución de vínculo, hemos de determinar, en primer lugar, desde cuándo existe el hombre en nuestro medio.

Los resultados de la aplicación del método del carbono 14, han permitido establecer con suficiente precisión que los restos más antiguos del hombre en América datan del año 10.000 a.J., de modo que si hablamos en este continente de historia, nos estamos refiriendo a doce milenios. No se conocen restos que, sin estar sujetos a fundadas objeciones, hayan sido reconocidos como más antiguos (2).

(*) Discurso de incorporación en la Academia. 3 de diciembre de 1959.


LA ZONA DE QUILLOTA POR 1550
LEYENDA
(a.) Palabra araucana
(q.) Palabra quecha
Canales de regadío
Superficie regada
Mitimae incaico
Purutún (q.)
Quillota (q.)
Co. La Cruz 295 m.
Mitimae incaico
Pocochay (q.)
Pachacama (q.)
Charavata (q.)
Pta. Chilicauquén (a.)
Co. La Cruz 785 m.
Chacana (q.)
Boco (q.)
Co. La Cruz 210
Co. Rautén (a.) 439 m.
Mallaca (q.)
Concha de Sta. Ana (q.)
Quillota (q.) (1717)
Rautén (a.)
Dahuilmo (a.)
Co. Huecura (a.) 796 m.
Doñihue (a.)
Co. Pelehue (a.) 520 m.
Co. Queronque (a.) 300 m
Co. La Campana 1900
Est. Poncahue (a.)
Lic.^do Machi (a.)
Est. Conhue (a.)
Río Conconcagua (a.)
ESCALA
0 5 KMS.
Dib.: A. Fuentes P.

De estos doce milenios sabemos todavía muy poco en nuestro país. En ese prolongado lapso tienen que haber ocurrido numerosos y complejos movimientos migratorios, al principio de pescadores y cazadores muy primitivos, todavía paleolíticos, después de diversas culturas neolíticas.

Ya al llegar a la época de Jesucristo, se inicia una influencia de las altas culturas peruanas y del Norte Grande chileno, sobre todo de las de Nazca, de Tiahuanaco clásico y epigonal, de los lican-antai o atácameños y finalmente de los incas.

La situación existente, como consecuencia, en 1540, no era de manera alguna tan simple como la representa la historia corriente, que habla de un choque de. los araucanos con los españoles. Evidentemente, ambos pueblos fueron los protagonistas de una epopeya en que se inspiró uno de los mayores vates de nuestra lengua, pero tanto araucanos como españoles representaban, sociológicamente definidos, complejos.

Para estudiar mejor esa situación, quisiera situarme en un lugar preciso, eligiendo el de Quillota.

Y no sin razón. Pues Marino de Lovera (3), a quien podemos considerar como un contemporáneo de los acontecimientos, aunque escribiera un poco más tarde, justifica mi lugar de partida con estas palabras: "Viendo los españoles la hermosura, fertilidad y grandeza de este valle, el caudaloso río que va guiando por todo él, juzgaron todos ser el mejor puesto que hasta allí se había descubierto desde el día en que entraron en las Indias".

En verdad, se habían conjugado diversos factores para hacer de la cuenca de Quillota lo que llegó a ser.

Desde luego, algunos naturales. Durante el gran período interglacial, el mar penetró por el valle hasta la cota de 225 m., que corresponde a Calera, formando un fiordo como los de Aysen. En su fondo ocurrió un relleno. Más tarde, en el apogeo de la glaciación, un ventisquero avanzó hasta el mar y depositó a ambos lados una morrena constituida por arcilla (4).

El clima de la cuenca es especialísimo. Caen en cuatro meses invernales, en promedio, 493 mm. de lluvias, siendo los meses restantes secos. Pero como el río es muy estable en su caudal, permite regar todos los terrenos que rellenó el mar, cuya amplitud es de 6,5 km. a la altura de Quillota. Los cerros que se elevan hacia la costa impiden que penetren directamente los aires fríos del mar y la camanchaca. Así, las temperaturas suben bastante en verano, cuando en enero la mínima media es de 11,5 y la máxima media de 26 5°. Los valores de invierno son, por supuesto, inferiores, pero en julio la mínima media no baja de 5,1 y la máxima media de 16,4°. Hay un fuerte drenaje subterráneo, gracias al cual reina mucha humedad en la zona, con 80% de humedad relativa. 133 días del año son despejados y sólo 80 nublados (el resto presentan un cielo quebrado). Estas condiciones climáticas pueden sintetizarse, diciendo que en Quillota prospera el chirimoyo, que tiene en esta comuna el límite austral de su propagación.

Otra cuenca similar a ésta encontraron los españoles en la parte superior del mismo río, desde Putaendo hasta Curimón y Casuto.

Si tratamos de determinar antecedentes históricos que penetren al pasado, encontramos en este último sector una toponimia cunza, que remonta quizás hasta el año 1100 y que se manifiesta en nombres como los de Coimas, Casuto,

Tupungato y otros, de los que podemos deducir, sin lugar a dudas, que los lican-antai avanzaron en sus conquistas hasta la zona del río Rapel, como lo comprobó Uhle (5).

Pero en el sector occidental del valle, que me interesa en esta ocasión, no existen topónimos cunzas. A lo sumo podría atribuirse a su lengua y cultura el nombre de Pachacámac, pero no he podido comprobar que sea prehispano.

Las tinieblas del pasado sólo se aclaran en esta parte de nuestro territorio con la llegada de los incas al país.

Por cierto que no repetiré lo que se ha escrito al respecto, pero creo que se puede complementar de una manera más novedosa con antecedentes dados a conocer últimamente con la publicación de las mensuras de Ginés de Lillo (6) y de los dos primeros volúmenes de la segunda serie de los Documentos Inéditos de Medina (7). A estas fuentes he agregado un estudio geográfico detallado del terreno y uno filológico de la etimología de los nombres personales y geográficos, procurando poner en concordancia todos estos antecedentes. Es la base de lo que os quisiera exponer en esta ocasión.

Creo que la conquista del país por los incas ha sido relatada convincentemente por Garcilaso de la Vega (8). Nos dice que fue emprendida por Túpac Yupanqui, inca que gobernó aproximadamente hasta 1485, falleciendo después de largo reinado. Posiblemente, la emprendió a mediados del siglo XV. No vino, sin embargo, personalmente a Chile, aunque estuvo quizás en Calama y San Pedro de Atacama cuando la inició, desde donde despachó, según Garcilaso, sucesivamente tres ejércitos, cada uno compuesto por unos 10.000 hombres, los que estuvieron al mando del general Sinchi Roca.

Sintetiza la conquista, expresando que desde San Pedro de Atacama "pasaron adelante conquistando todas las naciones que hay hasta el valle de Chili, del cual toma nombre todo el reino llamado Chile. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que, según dicen, fueron más de seis años, el inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer los suyos con gente, armas y bastimento, vestido y calzado..., por lo cual vino a tener en Chile más de 50.000 hombres de guerra, tan bien abastecidos de todo lo necesario como si estuvieran en la ciudad de Cuzco. Dieron asiento en el gobierno de lo hasta allí ganado y dejaron guarnición necesaria".

Informa Garcilaso de la resistencia araucana, pero la presenta como indecisa, reconociendo, sin embargo, que después de un avance hasta mucho más al sur, el límite del imperio fue fijado en el río Maule. Las fuentes españolas nos permiten saber, en efecto, que existía un mitimae peruano a orillas de ese río en Pocoa (9), donde se hacía también más tarde el balseo sobre el mismo. El camino para llegar a ese punto, que sin duda estaba fortificado, se dirigía de Curicó por la orilla sur del río Mataquito, en dirección a la costa, para tomar en seguida rumbo al sur a través del portezuelo de Las Palmas, por la actual comuna de Pencahue. En ese camino fue derrotado más tarde Lautaro: era el que conducía desde la capital a la Araucanía en aquel tiempo (10).

Rosales (11) complementa esta historia muy sucinta de Garcilaso de la Vega. Huayna Cápac, sucesor de Túpac Yupanqui, quien gobernó desde más o menos 1485 hasta 1525, se vio obligado a despachar refuerzos a Chile, nombre que, si proviene de la lengua quechua, significaría templado, característica esencial del



Guamán Poma de Ayala: Combate entre "el octavo capitán Apo Camac Inca" e indios araucanos.

Los soldados incásicos, entre los cuales figura en primer término el capitán indicado, llevan como uniforme la pulla, lo que les valió el nombre de "polleros". En Casablanca se conservó para el Camino del Inca el nombre de Camino de los Polleros.

clima de nuestro país, sobre todo visto desde el trópico. Los soldados peruanos, al dirigirse a Chile, tenían que traer ropa de lana para protegerse del frío. Y luego veremos el epíteto que eso les valió. Pero puede tener también la razón Bertonio, en su "Vocabulario de la Lengua Aymará" (12), quien traduce el nombre por "los confines del mundo".

Sin duda, esos refuerzos fueron necesarios por la resistencia araucana. Ella continuó durante el sucesor de Huayna Cápac, Huáscar, quien gobernó desde 1525. Rosales es más explícito respecto de él. Envió a un jefe militar a Quillota, quien trató de sujetar a los indios chilenos a la obediencia y de sacar oro del país, pero los araucanos se sublevaron y lo vencieron. Ante la gravedad de la situación, el inca despachó a Chile un ejército de 100.000 hombres, al mando de su primo. Este realizó la marcha como más tarde Almagro: por Tupiza, Tucumán y Diaguitas, llegando hasta Quillota. Procedió a castigar cruelmente a los sediciosos, dando muerte al cacique culpable. Los chilenos se sublevaron de nuevo, pero fueron vencidos por segunda vez. Finalmente, se rindieron los valles de Aconcagua, Quillota y Mapocho.

Pasaron en seguida adelante —afirma Rosales—, a Angostura y Maule, "como se ve por las memorias que todavía duran de los fuertes que hicieron", agrega. Pero luego los promaucaes aniquilaron a los peruanos, y éstos se vieron obligados a retroceder. Pidieron refuerzos al Perú y, una vez recibidos, avanzaron hasta el río Imperial, regresando por Tucapel al norte. "Pero los de La Imperial —continúa Rosales—, volvieron sobre las armas, y hubo... grandes guerras", viéndose obligados los peruanos a retroceder al norte. Con la ayuda de juríes traídos de Tucumán, "hicieron grandes castigos en los que intentaron levantarse contra ellos".

En este estado de las cosas, llegaron a Chile informaciones sobre la guerra civil estallada en el Perú entre Huáscar y Atahualpa.

"Sabiendo el general inca —agrega Rosales— los trabajos en que estaba su primo Huáscar, fue a socorrerle, y dejó gobernadores en las provincias sujetas al rey inca en Chile".

¿Dónde existían estos gobernadores?

Cristóbal de Molina (13), quien acompañó a Almagro en su expedición y quien se radicó más tarde definitivamente en el país, llegando a ser sochantre de la catedral de Santiago, sostiene enfáticamente que entre todos los pueblos de Chile, "Quillota era el principal".

Fernández de Oviedo (14), de acuerdo con él, nos dice que Cuncancagua era "cabecera de la provincia de Chile", en que Almagro fue recibido por el "señor de Chile y 60 caciques y principales".

Pero Marino de Lovera, otra fuente de primer orden, aunque un poco posterior, informa que "el rey universal del Perú... tenía en Chile dos gobernadores puestos por su mano: el uno en el valle de Mapuche y el otro en el de Coquimbo".

Rosales parece confirmar esta información, pues indica la existencia de un gobernador, de un templo del sol y de un monasterio de vírgenes del sol en Colina, es decir, en el valle del Mapocho.

Los hechos históricos posteriores parecen pronunciarse a favor de la primera de estas informaciones, pues el gobernador de Colina actuó bajo las órdenes de Michimalonco, cacique araucano y jefe incaico en Quillota.

Quizás pueda citarse como prueba esencial al respecto la toponimia. En Colina y en todo el valle del Mapocho, los nombres derivados de la lengua quechua, oficial del imperio incaico, son raros (pudiendo citarse los de Chacabuco, Apoquindo y unos pocos más), pero en Quillota y sus inmediaciones abundan (15):

Quillota; de quillu (angosto) y ta (risueño), términos que caracterizan el valle;

Moyaca: de muya (huerta) y ca (alrededor), rodeado de huertos, descripción de la zona (15-a);

Charavata: de charan (húmedo) y vata (isla);

Pocochay: de poco (madurar) y chay (perfectamente);

Boco: de poco (madurar);

Chacana: atravesado (dos cordones que se interponen);

Cancha: plaza;

Marga-Marga: de marca (colonia).

Los relatos sobre la llegada de Almagro son precisos. Había en el valle un gobernador incaico, el "señor de Chile", cuyo nombre no se indica. Más tarde figura en Colina un Culacante, a quien se refiere Rosales. Evidentemente, el nombre es una contracción de curaca y antü, en que curaca significa gobernador y antü, en mapuche, el sol, lo que, en este caso, se identifica con incaico, por la religión solar del imperio. También en Quillota tiene que haber habido una curaca antü.

Rosales nos informa que había también un templo del sol. Voy a introducir, para explicarlo, otra figura: el primer español que llegó a Chile, Gonzalo Calvo de Barrientos, habitante de Quillota desde 1533, es decir, desde un año después de la invasión del Perú por los españoles.

Fue un soldado que había sustraído una parte de los tesoros de oro y plata que se reunieron para pagar el rescate de Atahuallpa. Pizarro no sólo lo mandó azotar por el hurto, sino cortarle también ambas orejas. Barrientos se dirigió entonces al inca y le expresó que amaba a una ñusta o princesa de su corte y que deseaba trasladarse con ella al último y más alejado rincón de su imperio, donde no tuviera ningún contacto con los españoles. El inca le entregó su borla, a fin de que todos lo obedecieran, y le recomendó que se fuera a Quillota. En dos literas, el soldado español y la ñusta emprendieron el viaje de 2.383 km. hasta el lejano Chile. Usaron para ello el Camino del Inca, que se dirigía desde el Cuzco por el Altiplano hasta cerca de Ollahue, para penetrar en seguida a territorio chileno, pasar por Tatio y San Pedro de Atacama, continuar por el Río Frío a Juncal y Chañaral Alto y dirigirse por Copiapó, Paitanas (Vallenar), Incahuasi, el portezuelo de Hualcuna y La Marquesa a Combarbalá y proseguir por Illapel y Puchuncaví al portezuelo de la Cuesta Vieja de Chilicauquén y bajar a Quillota. Había a lo largo de él, cada 4 leguas, un incahuasi en que se podía alojar. El viaje desde el Cuzco debe haber demorado unos tres meses, viajando sin otra interrupción que el alojamiento en unos 95 incahuasis y tambos que había a lo largo de él. Cuando Barrientos lo emprendió, el imperio funcionaba todavía.

El delincuente fue recibido en Quillota por el gobernador incaico y "los caciques mayores" Tangolonco y Michimalonco. Se le hicieron grandes agasajos, sin duda por existir todavía, a pesar de la guerra civil y de la invasión española, la autoridad imperial. Barrientos, por su parte, debe haber sido un buen diplomático,

pues Rosales nos informa que dejó el hábito español "y lo consagró al templo y adoratorio de los incas", vistiéndose como éstos. El hecho de haber llegado un personaje tan extraño, acompañado por una ñusta, y que colgara su vestuario en el templo del sol, haciéndose indio, tuvo que llamar profundamente la atención. El mismo historiador agrega que lo fue a visitar el cacique Narongo, "señor de Maipo". En el banquete que se celebró con este motivo, regado con abundante chicha, se reconcilió este cacique con Michimalonco, de lo que se desprende que antes tuvieron choques. Eran del mismo valle.

De esto se puede deducir igualmente que en Quillota había un templo del sol.

No es difícil restituir la organización restante del imperio en esa parte de Chile, sólo en parte documentada por fuentes.

El templo debe haber tenido como anexo un monasterio de las vírgenes del sol, que no sólo cumplía funciones religiosas, sino también educativas. Debe haber sido y haber corrido la misma suerte que el de Colina, del que nos informa Rosales que era "una grande casa de paja, donde hallaron numerosos ídolos"; y que cuando llegaron los españoles, y los indios les fueron a decir "que no se alojasen allí, [por] que se caería el cielo y enojarían los dioses, hicieron burla de ellos y derribaron los altares", agregando que "robaron las casas de sus depósitos y se apoderaron de las vírgenes mamaconas que había en un monasterio y estaban consagradas por los incas a la deidad del sol en Chile, como en el Perú, de las doncellas que acá habían nacido de los indios peruanos".

Esos depósitos saqueados constituían un incahuasi, palabra que significa casa o almacén del inca. En ellos se acumulaban abastecimientos, prendas de vestir, armas, calzado, en fin, cuanto era menester para atender a los funcionarios en viaje y a las tropas en marcha.

Para la seguridad del incahuasi existía en él una guarnición, que disponía de una pucara o casa fuerte. En lo posible, ella estaba situada sobre una colina. No cabe la menor duda que la pucará de Quillota estaba situada sobre el cerro Moyaca, que es una fortaleza natural de inmejorables condiciones. Se apoya al norte y oeste en el río Aconcagua, desde donde podía ser abastecido de agua, y cae muy paradamente hacia el este y sur. Su altitud es de 216 m. y se eleva 90 m. sobre los terrenos vecinos. Desde su cumbre se disfruta de una magnífica vista, que comprende el paisaje desde Calera por el norte hasta el portezuelo de San Pedro por el sur y desde la cuesta de Chilicauquén hasta el cerro de La Campana.

Sin duda, el templo estaba situado a su pie nororiental, en una plaza que se ha conservado con el nombre de Cancha de Santa Ana, debiendo recordar que cancha significa en quechua plaza y que Almagro fue recibido en ella por el gobernador y los caciques del valle. La mejor prueba indirecta de la existencia de ese templo es que los sacerdotes españoles rodearon ese lugar pagano de cruces, habiendo a lo menos cuatro cerros en todos los puntos cardinales que llevan el nombre de La Cruz.

Había en Quillota así mismo un mitimae peruano, es decir, una colonia agrícola constituida por indios de lengua quechua y adictos a la corona. Vivían a lo largo del camino que se llamó más tarde la Calle Larga (ahora avenida 21 de Mayo) y que se prolonga desde la actual ciudad hacia el norte, con longitud de 6 km., hasta cerca de la estación de La Cruz. El mitimae peruano no ocupaba todo

ese sector, sino que había en él también reducciones araucanas. Estaba densamente poblado, extendiéndose al este hasta cerca de la actual línea del ferrocarril, donde existe un pequeño dorso elevado que cae hacia el río y hacia el oriente.

Estaba concentrada en esa parte la población, que poseía en ella pequeños predios, cultivados, para su abastecimiento, con huertos frutales y hortalizas y chacras.

Otro sector densamente poblado era el que se encuentra hacia el sureste de la actual ciudad, en La Tetera, Pueblo de Indios y la hacienda de San Isidro. Esta última era una reducción araucana, que fue vendida más tarde por sus dueños a Juan de Rivadeneira (16), alcalde de la Santa Hermandad. Al parecer, era la reducción del famoso Michimalonco.

Además de estos sectores de gran subdivisión de la propiedad y trabajados como huertos y chacras, había otros que eran explotados agrícolamente por cuenta del inca y cuya producción estaba destinada al incahuasi y al abastecimiento del ejército estacionado en la frontera y de los placeres auríferos que se explotaban en Marga-Marga y Las Dichas. Para lograr esta producción, se había establecido la mita.

En términos modernos, mita era el pago de los impuestos y contribuciones que se debían al imperio y a que todos estaban sujetos. Pero mientras que ahora esos pagos se realizan en dinero, en el imperio se hacía con trabajo (17). Y eso por la sencilla razón de que se había organizado una economía sin dinero. El intercambio de productos, que en muchas partes era muy intenso, se hacía por medio del trueque, a base de relaciones fijas e inveteradas entre cada producto. Algunos de ellos, que disfrutaban de mucha demanda, desempeñaban de cierta manera una función de dinero, pero sin perder jamás su carácter de mercaderías. Los metales preciosos, que habrían podido servir para desarrollar un sistema monetario, estaban excluidos del comercio, pues el oro se destinaba al servicio sacral del sol y del inca; y la plata, al de la luna y de la emperatriz.

Se admitía que ciertas personas, sobre todo los artesanos, pagaran su tributación en forma de mercadería que entregaban a los incahuasis, pero la gran mayoría de la población lo hacía en forma de servicios personales, es decir, trabajaba cierto tiempo al año en beneficio del Estado y de la Iglesia. Al parecer, esta contribución se elevaba en el imperio a la tercera parte del tiempo disponible, que es curiosamente la misma tasa que cobran actualmente las grandes potencias en forma de impuestos, pues en casi todas ellas el Estado percibe la tercera parte de la renta nacional (18).

Como esta prestación de servicios era gratuita, se la podía destinar a lo que se considerara conveniente, sin preocuparse de los costos. Así se construían canales, caminos y puentes, templos, edificios públicos y fortalezas y se trabajaban las minas. La disciplina del trabajo era asegurada por la guarnición militar.

No deben interpretarse estos servicios como que redundaran en una merma de la situación personal de los afectados. Sin estar sujetos a ellos, los indios habrían trabajado sencillamente menos, pues les era suficiente un esfuerzo muy pequeño para atender sus modestas necesidades. Gracias a la mita, se les exigía un esfuerzo mayor, el que, en definitiva, redundaba en su propio beneficio, al

menos en gran parte.

Conviene hacer en este lugar una breve consideración acerca de lo que indujo a los incas a venir a Chile. Me parece que la razón es obvia y ha sido destacada muy bien por los historiadores contemporáneos. Antes que vinieran a este país, se repetía en el Perú con énfasis a los españoles que Chile estaba cuajado de oro, que era riquísimo en ese metal.

Se ha puesto en duda la veracidad de esta información, alegando que habría sido propagada con el único propósito de inducir a los españoles a alejarse del Perú, a fin de poder sacudir su yugo.

Pero os ruego acompañarme a hacer un pequeño cálculo. Casi todas las fuentes indican el valor del oro que Almagro obtuvo en Chile. En Tupiza habría quitado a Huayllullo la suma de 300.000 ducados y en Copiapó se habrían agregado otros 500.000 ducados. Algunos lo hacen percibir estas sumas en otros lugares, pero llegan al mismo total. Pues bien, esos 800.000 ducados, computados a 3,44 g. de oro cada uno, dan 2.750 kg. de oro. Sin duda, Atahuallpa había mandado retirar de Chile todo el oro disponible para su rescate, de modo que es lícito suponer que esa suma representaba, aproximadamente, la producción de un año. Ahora bien, como los incas dominaron cerca de 80 años en Chile, deben haber sacado del país unos 200.000 kg. de oro, cantidad que me parece respetable, sobre todo en atención a que estaba atesorada en los templos y palacios. Y como ese oro llegó a constituir el botín de los invasores, los peruanos no les mintieron cuando les expresaron que Chile era su origen.

Hay una comprobación parcial de esta producción. Informa Rosales que en Marga-Marga los quintos reales producían en los primeros años, es decir, cuando la producción se hacía como bajo el régimen incaico, $ 30.000 al año, de modo que el valor de la producción era de $ 150.000. A 4,6 g. el peso de oro, ese valor representa 690 kg. Pero en el país se trabajaban muchos lavaderos y minas de oro por los incas.

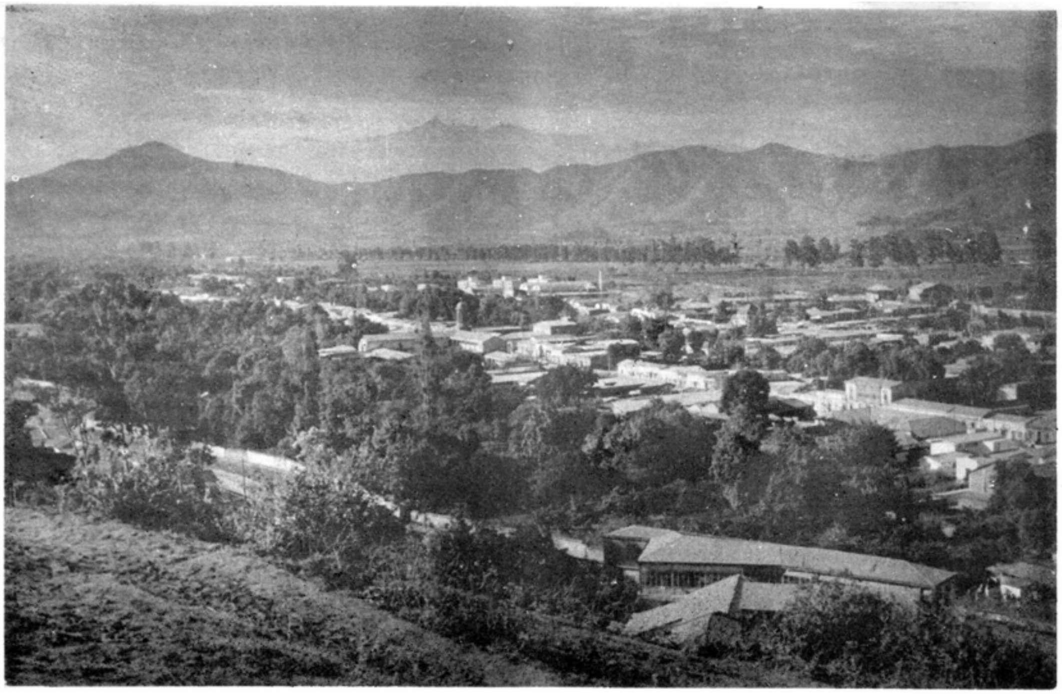
Podría preguntarse por qué los incas se interesaron por producir ese oro precisamente en Chile. También a ese respecto la explicación es obvia: no lo podían conseguir en otras partes de su imperio en igual cantidad, pues el Perú, Bolivia, Ecuador y el noroeste de Argentina son muy pobres en este noble metal.

Como en el Perú y Bolivia disponían de excelentes minas de plata, no se interesaban por las de Chile. Y como en el último de estos países encontraban cobre nativo mezclado con estaño, que les permitía elaborar bronce, tampoco los interesaba mayormente el cobre chileno, que carece de estaño (19).

Así, Chile se transformó en el abastecedor de oro del imperio, lo que los peruanos informaron honradamente a los españoles, pero que nuestros historiadores no han querido creer.

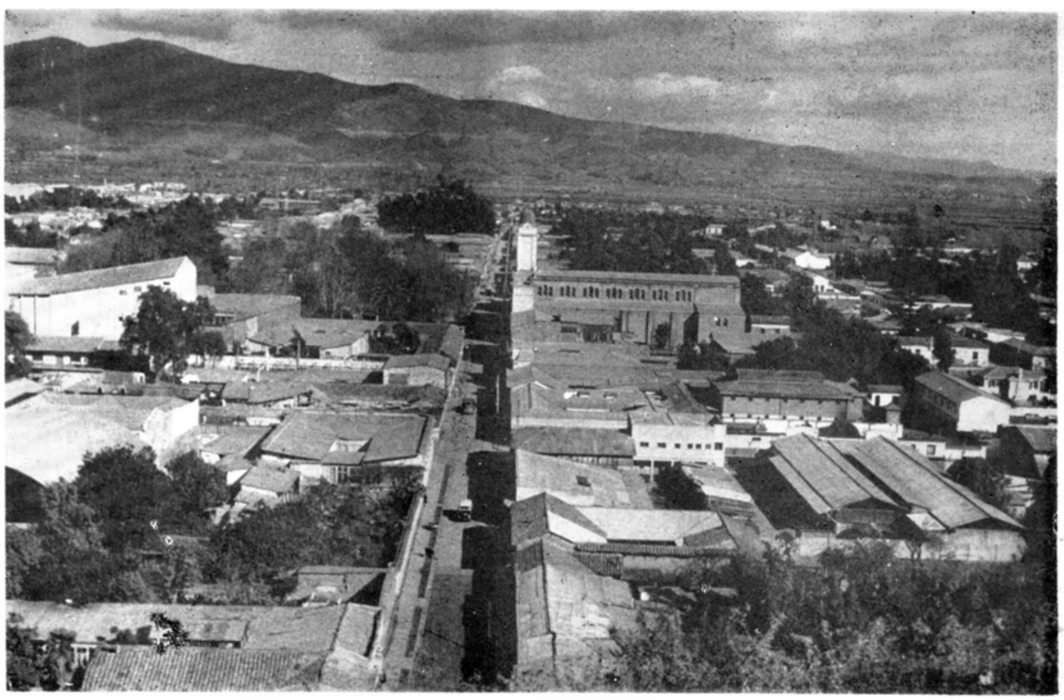
En el fondo, la organización del imperio incaico en Chile estaba adaptada a este suministro. Se extendía éste en nuestro país a lo largo del Camino del Inca, a que ya aludí. En los valles regados y aguadas se habían establecido incahuasis, reemplazados en lugares solitarios por tambos, que eran simples alojamientos, sin almacenes de abastecimientos ni funcionarios civiles, militares o eclesiásticos.

El Camino del Inca era en el norte de Chile una simple cancha de carrera para los chasquis, que eran los correos que transmitían las órdenes y noticias a lo largo de él. Su ancho no excedía de una vara. Estaban apostados cada cuarto de



El antiguo mitimae incaico de Quillota.

Mirando desde el cerro Mallaca hacia el noriente, se destaca la Calle Larga (ahora Avenida 21 de Mayo), con sus plantaciones de árboles frutales. Detrás de ella se ven los campos de Pocochay. A la izquierda, el cerro de la Calera y al fondo el Caqui (2.192 m.)



La parte central de la ciudad de Quillota desde el cerro Mallaca.

Al centro, la parroquia, frente a la cual queda la plaza. Al fondo, el cordón con el portezuelo de San Pedro, por el que pasaba el camino de los Polleros a la frontera. Este se eleva hacia la izquierda en dirección al cerro La Campana.

legua, teniendo que correr a toda velocidad hasta el próximo tambo y transmitir su recado al chasqui siguiente. Los recados eran breves y fáciles de memorar, constando de una sola frase, de modo que alguna orden o noticia más completa era transmitida en fracciones por varios chasquis sucesivos. He calculado que de esta manera una noticia tardaba un máximo de 10 días entre el Cuzco y Quillota y que este servicio ocupaba a unos 10.000 chasquis. Noticias de gran trascendencia, como la muerte del inca, un levantamiento y otras, eran transmitidas por señales de fuego y humo, llegando en pocas horas a su destino (20).

Al llegar a Chile, el camino se bifurcaba, dirigiéndose un tramo a Quillota y el otro por Putaendo y la cuesta de Chacabuco a Colina y Apoquindo.

Al sur del río Cachapoal hasta el de Maule, el territorio estaba ocupado solamente para impedir un avance araucano hacia el norte, manteniéndose para este fin numerosas fortificaciones y un gran ejército.

Era esencial poder asegurar los abastecimientos del mismo, que se hacían en gran parte desde el valle de Aconcagua, a retaguardia, donde habría menos peligro en caso de un levantamiento. Quillota era uno de los principales centros productores de víveres para ese ejército de la frontera. El despacho de las provisiones se hacía por la prolongación del Camino del Inca hacia el sur, que se dirigía por el portezuelo de San Pedro y Limache a Marga-Marga, Lo Orozco, Las Dichas y el portezuelo de Ibacache a Talagante, donde había otro incahuasi, también con mitimae. Desde aquí, las provisiones eran despachadas a La Angostura de Paine, para continuar el viaje a la frontera. Otro tramo se dirigía desde Las Dichas por Lagunillas a Quivolgo, a lo largo de la costa. Se le conocía como Camino de Los Maulinos (21).

En Casablanca, el tramo del Camino del Inca que cruza el estero en Las Dichas, se ha conservado con el nombre de Camino de los Polleros, derivándose éste de la pulla, o capetín, que usaban los soldados incaicos y que se encuentra representado en el dibujo de Huamán Poma de Ayala (22) en que se presentan soldados incaicos frente a guerreros araucanos.

En esta parte, en que se hacían los transportes de los abastecimientos a la frontera, el camino se ensanchaba, y los españoles lo pudieron usar como "Camino de las Carretas" entre la capital y Valparaíso. Pasaba a unos 10 km. aguas abajo del actual pueblo de Casablanca, y sólo más tarde fue trasladado a su trazado actual.

Refiriéndose a este camino, dice Rosales que "cortas memorias han permanecido en Chile de esta calzada; más, en el camino que va del valle de Aconcagua, se ven muchas casas y paredes de trincheras de piedras toscas, donde se alojaban los corredores y capitanes del inca... Las casas son muchas."

El trazado del Camino de los Polleros por Las Dichas no obedecía únicamente al propósito de hacerlo pasar por los lavaderos de oro allí existentes, sino también al de tener cómodo acceso a las termas ahora conocidas con el nombre de El Porvenir, situadas un poco más abajo, en el mismo valle, pues es sabido que los incas tenían por ellas la misma afición que los romanos.

Quisiera aclarar ahora un poco el papel de los araucanos que vivían en Quillota y sus alrededores.

Podría deducirse de lo expuesto que ellos representaban una pequeña

minoría, pero en realidad no era sí. Eran el elemento más numeroso.

Dieron, desde luego, su nombre al valle. Figura éste en los primeros documentos con los nombres de Concumicagua, Conconcagua, Cuncancagua y Concagua. No aparece todavía Aconcagua.

Puede tratarse de dos etimologías diferentes. Concumicagua se deriva de concumin (murmullo del agua), ca (fuerte) y hua o hue (lugar), o sea, lugar en que se siente intensamente el murmullo del agua del río.

Los otros nombres se derivan todos, sin lugar a dudas, de cogn (cosechar), ca o cadme (mucho) y hue (lugar). La duplicación de cogn ya expresa que las cosechas son abundantes; agregándoles la partícula ca, se alude al máximo. Y esa es, justamente, la característica esencial del valle. Posiblemente, la inicial del hombre fue agregada con el fin de asimilarlo mejor al castellano.

La identidad de los diversos nombres para el valle y el pueblo ha sido expresada con precisión por Marino de Lovera, quien dice que se trata "del famoso valle de Chile, llamado por otros dos nombres, Concagua y Quillota".

No quisiera olvidarme de destacar que los nombres de Concagua y Quillota expresan en el fondo la misma idea, el primero en araucano y el segundo en quechua.

Sin duda, existía en aquel tiempo bilingüismo en la zona, pues éste se manifiesta también en los primeros títulos españoles. Pedro de Valdivia se reservó, por ejemplo, la estancia de Acuyo (23), que comprendía toda la hoya hidrográfica superior del estero de Casablanca, aguas arriba del camino de Los Polleros. Es palabra quechua que significa arena. Pues bien, en otros títulos de la época se llama ese estero Curauma (24), lo que significa en araucano lo mismo que Acuyo en quechua, y refiriéndose esta denominación al mismo estero. En Las Dichas, éste se llamaba entonces Curaumilla, agregándose a Curauma la palabra milla, que se refiere al oro. Más tarde, se impuso el nombre de Casablanca para este estero, que en un principio se llamaba Acuyo o Curauma.

Aguas abajo del Camino de Los Polleros, Pedro de Valdivia hizo otra merced en el mismo valle a Juan Bautista Pastene, el célebre navegante, quien expresa en una solicitud que el valle comprendido en su merced "llámase Yurapil y por otro nombre Acuidal" (25). Resulta que Yurapil es quechua y Acuidal araucano, significando ambos nombres "abundante en camarones de agua dulce". Trátase del valle ahora llamado Lo Orozco o La Playa.

Por lo demás, abundan nombres araucanos en los contornos de Quillota. En las mensuras de Ginés de Lillo (26) aparece el estero de Pocochay o San Isidro con el nombre de Maquilemu (bosque de maquis); el de San Pedro se llamaba Poncahue (que quiere decir que penetra mucho, como efectivamente lo hace, pues nace en el cerro de La Campana); y el de Limache, Conhue (de cogn, cosechar, y hue, lugar). Quisiera agregar que Limache no se deriva de limache (gente de Lima), sino de lic-machi (machi blanco), y Vicuña Mackenna (27) nos relata la leyenda relacionada con este mago. Antiguamente, el cerro de La Campana relucía de oro y de piedras preciosas en su cumbre, pero esos tesoros atrajeron a invasores forasteros, que oprimieron a los araucanos. Pidieron éstos entonces a aquél que los librara de esta invasión, y en una noche el Machi Blanco, usando su magia blanca, cubrió a aquella cumbre de granito, tal como se presenta ahora. Los tesoros quedaron enterrados en la tierra, y sólo es posible extraerlos

por medio de chiflones.

En la hacienda de San Isidro menciona Ginés de Lillo (28) los cerros de Pelehue (lugar barroso) y Huecura (piedra rodada) y los lugares de Doñihue (lugar donde crece la veza) y de Dahuilmo (Las Lagunitas). El estero de El Manzanar se llamaba en ese tiempo Quellui (de quelü, rojo; y hue, lugar, o sea, Tierras Rojas, que es la característica de los contornos).

Todos estos nombres han desaparecido por el avance del castellano, pero otros se han conservado, como Queronque (lugar de los maquis) y Rautén (de rag, greda; y ten o tren, cerro cónico).

Ya informé que Calvo de Barrientos llegó a Quillota en 1533, y Rosales nos ha transmitido algunas informaciones acerca de los acontecimientos que mediaron hasta la llegada de Almagro en 1536 y de Pedro de Valdivia a fines de 1540.

Almagro fue recibido en la plaza del pueblo por "el señor de Chile", siendo muy probable que se hubiera conservado hasta entonces el gobernador incaico, en espera de los acontecimientos del Perú. Pero ya manifesté que se habían retirado del país muchas tropas peruanas, para secundar a Huáscar en la guerra civil.

Mencioné también que había ido a visitar en Quillota a Barrientos, a su llegada, el cacique Narongo, de Maipo. Su nombre proviene de nag (inclinar hacia abajo) y longo (cabeza). Barrientos indujo a Michimalonco a hacerle la guerra y apoderarse de sus propiedades. Este designó a Barrientos como su jefe militar, y en un combate él mismo logró vencerlo. Pero como Rosales agrega expresamente que esto ocurrió en el valle de Aconcagua, tiene que tratarse de un cacique del mismo. De esto se desprende que había cerca de Quillota en aquel tiempo un Maipo, término que proviene de Maipún (cultivar la tierra). Michimalonco se habría hecho así capitán de todo ese valle. Como Barrientos regresó al Perú con Almagro, estos hechos tienen que haber ocurrido antes de la llegada de éste.

Fernández de Oviedo, quien fue amigo de Almagro, dice que la causa del regreso de éste consistió en que si bien "hallaron las minas, quebradas y nacimientos de ellas tan bien labradas como si españoles entendieran en ello, la mejor batea no sacó de 12 granos arriba, así que eran tales [esas] minas que excedía el gasto al provecho". 12 granos equivalen a 0,6 g. Es de suponer que la indicación se refiera al fino obtenido en cada lavado. Pedro de Valdivia logró una producción de 690 kg. al año, como ya se informó. Hizo trabajar en Marga-Marga cerca de 1.000 indios, tomados de su encomienda de Quillota. La producción de cada cual fue, pues, de 690 g., y como la demora o temporada de trabajo era de 120 días, resulta una producción media de 5 g. diarios por obrero, que puede considerarse como muy satisfactoria.

Parece, pues, que Almagro no se retiró de Chile por esta razón, sino por las que señala Rosales: haber sido informado de su nombramiento de gobernador de Nueva Toledo y reclamar sus soldados el regreso porque "no habían hallado oro ni plata en las casas de los indios, ni señal de riquezas, sino armas y peligros de la vida".

Agrega este mismo historiador que al retirarse de Quillota se llevó muchos indios amarrados en collares, para que no se escaparan, pero que de inmediato los araucanos se sublevaron y le quitaron casi todos.

En los años siguientes quedaron como dueños de la comarca dos caciques

araucanos: Tangolonco y Michimalonco. Había desaparecido el gobernador incaico. El nombre del primero proviene del araucano trongon (partido) y lonco (cabeza), o sea, Cabeza Partida. Lonco significa también jefe, y en este sentido figura en el segundo apellido, que proviene de mitimae (la colonia peruana) y lonco (jefe), exteriorizando que este araucano se había impuesto como jefe del mitimae peruano. No se trata de una suposición, sino de un hecho que fluye con toda claridad de los acontecimientos.

En efecto, Rosales informa que este infatigable mapuche se dedicó de lleno a preparar la resistencia del territorio. Sospechando que los españoles regresarían, indujo a los caciques de Coquimbo, Limarí, Illapel y Choapa a retirar sus abastecimientos y tesoros a los cerros y a preparar en ellos fortalezas.

De este modo, Pedro de Valdivia, el fundador de nuestra nacionalidad, encontró en todas partes resistencia. En Limarí, donde chocó por primera vez con las huestes de Michimalonco, los indios mataron a un español y dos caballos, pero fueron vencidos. Al llegar a Quillota, Francisco de Aguirre atacó la fortaleza defendida por Tangolonco, que no era otra que la pucará incaica en el cerro Moyaca. Aguirre hizo 14 prisioneros, pero Pedro de Valdivia, para mostrarse magnánimo, los puso en libertad y celebró las paces con Tangolonco. Francisco de Villagrán atacó entre tanto a Michimalonco, posiblemente en Purutún, o más valle adentro. También este jefe se vio obligado a someterse, pero lo hizo únicamente para ganar tiempo y preparar la resistencia con más inteligencia.

En efecto, Pedro de Valdivia utilizó la casa fuerte del cerro Moyaca, para dejar en él una guarnición de 20 hombres al mando de Gonzalo de los Ríos. Organizó las faenas auríferas de Marga-Marga, mandó construir un bergantín en Concón, para comunicarse con el Perú, y continuó su expedición al valle del río Mapocho.

De inmediato, Michimalonco se puso en campaña. Recorrió infatigablemente los valles de los ríos de Aconcagua y Maipo e hizo ver a los caciques que no habían sido ellos, los araucanos, quienes habían atacado a los españoles y que éstos no tenían por qué intervenir en el país, quitándoles sus tierras. Les hizo ver que eran mortales como ellos, induciéndolos a comprobarlo matando a uno, lo que, efectivamente, hicieron, dando muerte al mayordomo de Pedro de Valdivia, Roque Sánchez, y practicando una disección de su cuerpo. Logró finalmente convencer a los araucanos de aquel valle a levantar dos fuertes: uno en Lampa, a cargo del cacique Painelonco; y otro en Colina, donde el curaca Culacante (Curaca Antü) se puso a sus órdenes.

La rebelión estalló en Quillota, donde las huestes de Tangolonco y Michimalonco dieron muerte a los 20 soldados al mando de Gonzalo de los Ríos, quien escapó a revienta-caballo, acompañado por un negro, a Santiago. También fueron ultimados quienes estaban construyendo el bergantín en Concón.

El ataque contra la capital fue preparado por el Curaca Antü, pero Michimalonco le prestó ayuda con 10.000 guerreros de Aconcagua, al decir de Rosales. Para el asalto se había elegido el momento en que Pedro de Valdivia había avanzado hacia el sur, encontrándose en el valle de Cachapoal.

No es preciso relatar en este lugar cómo fue liquidado este formidable levantamiento, que puso en peligro la conquista española, la que sólo se salvó gracias a la valentía indomable de las huestes de Pedro de Valdivia, en cuyas filas

luchó también una mujer, Inés de Suárez.

Tangolonco fue castigado con cortársele ambos pies, dejándolo mutilado. Michimalonco huyó a Cuyo, donde vivió muchos años, lo que fue posible, sin duda, por su dominio de la lengua quechua y por tratarse de un territorio todavía no sometido. Enviaba frecuentes mensajes a los suyos en Quillota, en que exteriorizaba su nostalgia por las ubérrimas tierras de Aconcagua. Finalmente, dominado por tales sentimientos, se presentó un buen día ante Pedro de Valdivia y le pidió perdón, el que obtuvo, según informa Rosales.

Desbaratado aquel levantamiento, el desarrollo del sector que estoy estudiando, ya no sufrió contratiempos.

Las chacras de la Calle Larga no fueron tocadas por los españoles, quienes dejaron al mitimae peruano y a las reducciones araucanas en posesión tranquila e ininterrumpida de sus tierras. Se estableció en medio de ellas una parroquia, que debe haber funcionado ya pocos años más tarde y que estaba bajo la advocación de San Isidro Labrador, magnífico símbolo para ese valle.

Cuando los franciscanos solicitaron, en 1604, 10 cuadras en el extremo austral de ese sector, García Ramón las concedió, "por ser ese valle el más poblado de naturales que hay en todo el distrito de Santiago y por no tener más que un cura para doctrinarlos", como reza la concesión (29). Al medir el terreno, que quedaba al SE. del cerro Moyaca, tuvo la soga el cacique de Añaguante (de aña, bonito; y huentru, hombre).

En 1628 se instalaron los jesuitas en el extremo norte del mismo sector, frente a la actual estación de La Cruz, con su iglesia de San José.

Los indios del sector estuvieron sometidos, por supuesto, a encomienda. Primer encomendero fue el propio Pedro de Valdivia, quien los hacía trabajar en los lavaderos de Marga-Marga y en su estancia de Acuyo, destinada esta última a abastecer a aquéllos.

Tan pronto el conquistador del país trasladó sus actividades a la zona austral, donde trabajó los lavaderos de oro de Quilacoya, que eran mucho más ricos, traspasó la encomienda de Quillota y las estancias de Marga-Marga y Acuyo al más tarde primer obispo de Chile, el bachiller Rodrigo González Marmolejo. Le concedió "las sementeras y comidas, y los caballos, ovejas, arados y herramientas de minas y fragua y las minas que tengo en el río Marga-Marga, donde sacaba oro con mis cuadrillas". Estas minas y la estancia de Acuyo se conocían también con el nombre de minas y estancia de Quillota (30).

Una ley prohibía que los eclesiásticos poseyeran encomiendas, lo que alegó en 1555 el capitán Vicencio del Monte, logrando que la Real Audiencia ordenara que se le entregara la de González Marmolejo. Se puso en camino desde Santiago a Quillota, para tomar posesión de ella, pero amigos del bachiller le siguieron y lo impidieron. Se eludió luego el cumplimiento de la ley haciendo figurar a seis vecinos de Santiago como encomenderos, pero que estaban obligados a entregar el importe de la capitación recaudada al cura de la capital (31).

Cuando éste falleció, fue agraciado con la encomienda don Francisco de Irarrázaval, en 1563. Era en aquel tiempo "cacique principal del valle de Quillota", Huelén-Huelén (cuyo nombre significa Muy Mala Suerte). Huara-Huara (cuyo apellido se refiere al pato huala), en cambio, era el "cacique principal de los

mapochoes en el dicho valle", de lo que se desprende que el primero era el jefe del mitimae y el segundo de las reducciones araucanas (32).

Al parecer, en 1605 caducó la encomienda y fue incorporada a la corona, pues García Ramón instaló en Quillota un obraje, destinado principalmente a tascar e hilar cáñamo, tanto para jarcia como para mechas destinadas a los arcabuces del ejército de la frontera.

Quisiera destacar en este lugar que tanto los trabajos obligatorios que se realizaban en la encomienda como estos obrajes, constituían una continuación de la antigua mita incaica. Como sucesores del imperio, los españoles siguieron cobrando las contribuciones establecidas en el mismo. El rey cedió éstas a conquistadores meritorios, para recompensar sus servicios, así como ahora se les pagaría una pensión de gracia. Pero a estos elementos inconfundiblemente incaicos, se agregaron ideas tomadas del régimen feudal español, resultando así una institución compleja, que no corresponde estudiar en este lugar.

Lo que favoreció mucho el establecimiento de los españoles en la zona fue la existencia de extensas propiedades que habían pertenecido al imperio incaico y que habían pasado a pertenecer a la corona española. Eran todas las tierras que, con la ayuda de la mita, se trabajaban para el abastecimiento del ejército incaico de la frontera. En ellas no vivían indígenas, de modo que se podía disponer libremente de esas superficies, lo que se hacía por medio de mercedes (33). En un principio, estas tierras eran explotadas con la ayuda de indios encomendados, pero más tarde comenzaron a radicarse en ella obreros libres no-indígenas, mediante el inquilinaje. Se ocupaban también peones libres, y ciertos inquilinos eran ascendidos a la clase de mayordomos, capataces, vaqueros, ovejeros, etc., que supervigilaban a los demás obreros. Algunos de estos predios se constituyeron también por compra de los araucanos, como el de San Isidro, ya mencionado. Indudablemente, tales compras, que implicaban una tramitación engorrosa ante la administración, fueron autorizadas por ésta por la disminución que experimentó el elemento indígena.

Cuando Ginés de Lillo practicó sus mensuras de tierras en 1604, este proceso de constitución de la propiedad ya había prácticamente terminado en Quillota. Tenemos una magnífica ilustración al respecto. El capitán Diego de Ulloa había obtenido una merced de 800 cuadras en los contornos del pueblo, que podía elegir entre las demasías que resultaran en las mensuras de Lillo. Después de mucho buscar, encontró 718 cuadras, en 8 lotes, incluyendo 150 de un monte muy fragoso en La Palmilla, 100 en Quellui (El Manzanar) y 250 en las lomas de Tabolango. Los lotes valiosos que descubrió el diligente capitán eran de 8 y de 10 cuadras. Incluso tuvo que conformarse con 20 cuadras en una salina de Concón (34).

Además de los vecinos ilustres ya nombrados, se radicaron en los contornos los marqueses de Cañada Hermosa en la hacienda de La Palma y el gran navegante Juan Fernández en la estancia de Rautén.

Grandes sectores de la Cordillera de la Costa, sobre todo en la zona de Casablanca, carecían totalmente de población. Así, al hacer a Pastene la merced ya mencionada, dice Pedro de Valdivia en 1553 que procedía así "atento a que es tierra libre y exenta y no está habitada de naturales, ni la ha estado después que su señoría [el gobernador] entró en esta tierra" (35).

Quillota disfrutó desde sus comienzos de una situación económica privilegiada: era la zona más cercana al puerto de Valparaíso que tenía terrenos regados de apreciable extensión y que, por tanto, no sólo podía abastecer a la población de aquel puerto, sino también a los buques que lo frecuentaban, tanto para sus propias necesidades como para conducir sus productos a los mercados a lo largo de la costa del Pacífico, hasta el Callao y Panamá.

La población vivía sobre todo a lo largo de la Calle Larga, llamada también Camino de Coquimbo, pues éste seguía por Calera a la cuesta del Melón y se juntaba en La Ligua con el de la costa, para continuar al Norte.

Debido a su importancia, era el centro de que dependía toda esa zona, hasta la cuesta de Los Hornos, al norte del río Choapa (36). Por el sur, dependía de Quillota también Casablanca y Valparaíso, y sólo más tarde, al ser dotado de fortificaciones, este puerto fue separado de su jurisdicción, siendo designado en él un gobernador militar. Al oriente, penetraba por el valle de Aconcagua hasta las puntillas de El Romeral y La Calavera, de modo que la actual comuna de Llay-Llay quedaba excluida.

Como consecuencia de ello, se pidió en 1606 por el cabildo de Santiago y en 1675 por el virrey conde de Castelar que se fundara una villa en Quillota, pues no existía un centro urbano propiamente tal. Pero esas iniciativas no prosperaron, y sólo en 1717 se logró este propósito, cuando el oidor de la Real Audiencia y Gobernador interino José de Santiago Concha fundó la villa de San Martín de la Concha. Para este fin, la Junta de Poblaciones adquirió una chacra de 40 cuadras, pagando el precio de $ 150 por ellas, que era muy elevado para la época. Se formó así una planta de 35 cuadras o manzanas, aumentada más tarde a 49, debido a la compra de un predio adicional, al oeste del anterior y que alcanzaba hasta el río.

Al acercarme al final de esta disertación, quisiera concretarme a dar algunas informaciones numéricas, que permitan precisar el desarrollo posterior y resultado final.

Afortunadamente, la estadística comienza en Quillota ya un siglo después de la llegada de los españoles, en 1640, pues desde entonces disponemos de una serie demográfica, que don Carlos Ponce de León tuvo la paciencia de reunir (37). Especialmente interesantes son los totales decenales por él determinados. Si suponemos que la natalidad se hubiera mantenido constante en 40 por mil habitantes durante todo el lapso, lo que es muy probable, la población habría aumentado de la siguiente manera:

1645	350	habitantes
1700	1.075	“
1745	2.675	“
1795	3.350	“
1813	5.202	“

Estos datos se refieren a la jurisdicción de la parroquia de Quillota, que se identificaba con el territorio de la actual comuna, más la parte austral de la actual comuna de Quintero (al sur de la hacienda de este nombre).

El último dato, de 1813, no corresponde al cálculo anterior, sino al primer

censo cuyos datos se han conservado, realizado por don Juan Egaña (38), a que luego me referiré. Descontando la población de la actual comuna de Quintero, resulta para la de Quillota una de 4.660 almas en aquel año.

Si Pedro de Valdivia mantuvo en Marga-Marga cerca de 1.000 obreros de su encomienda de Quillota, la población de ella tiene que haber sido en 1540 de cerca de 5.000 almas. Debido a las sublevaciones, las fugas y las epidemias, disminuyó hasta 350 en 1645, alcanzando a recuperar sólo en 1813 la población inicial.

De los datos reunidos por el señor Ponce de León tiene especial importancia la estadística referente a la composición racial de los nacimientos, que se puede analizar, año por año, desde 1640 hasta 1800, determinada para los españoles, los indígenas, los mestizos, los negros y los mulatos y que indicará en forma resumida para algunos años característicos:

Composición racial de la población (%)

Años	Españoles	Indígenas	Negros y mulatos
1640-50	11,0	73,8	15,2
1701-10	67,5	25,7	6,8
1791-1800	89,1	6,4	3,7

Esta estadística es sin duda una de las más importantes de que disponemos, pues revela en forma contundente la formación de la nacionalidad. El elemento español, que inicialmente comprendía sólo el 11% de los nacimientos, aumentó su participación al final del siglo XVIII al 89%. La participación de los indígenas bajó, en cambio, del 74 al 6 y la de los negros y mulatos, del 15 al 4%.

Sin duda, no deben interpretarse estos datos en un sentido rigurosamente racial, salvo los referentes a los negros. Racialmente, la antropología define al indio americano como un mestizo de blancos y amarillos, realizada durante la última época glacial en la estepa siberiana, desde donde emigró después a nuestro continente (39). Esto explica la falta de todo repudio racial entre españoles e indígenas. Hace al mismo tiempo imposible establecer porcentajes raciales entre estos dos elementos.

La estadística tiene, en cambio, una importancia evidente desde el punto de vista sociológico. Nos indica más bien el modo de vida y la cultura, que la raza. Y nos revela de qué manera se realizó la transculturación en esos 160 años, resultando finalmente una nación perfectamente unida y consolidada, sobre todo si tenemos presente que en los tiempos posteriores a 1800 han desaparecido del todo en Quillota los indios, negros y mulatos.

Si hubiera más investigadores pacientes como el señor Ponce de León, no cabe duda que se podrían realizar estudios similares en muchas parroquias.

Quisiera ahora señalar algunas últimas comparaciones, que me parecen altamente interesantes para caracterizar la situación actual, cuya comprensión es, en el fondo, la meta ulterior de toda historia.

Veamos, en primer lugar, qué tendencias revela desde 1813 la población:

Población en 1813-1952

Años	Quillota	La Cruz	Total
1813	4.660	2.877	7.537
1854	11.685	4.004	15.689
1907	17.427	4.144	21.571
1943	23.789	5.553	29.342
1952	34.172	7.854	42.026

Se han indicado los datos de las comunas de Quillota y La Cruz, pues representan sin duda una unidad económica. Puede verse que el incremento de su población se hizo en el siglo pasado cada vez más lento, hasta 1907, pero que se duplicó en seguida en los 45 años siguientes. Entre 1943 y 1952, o sea, en 9 años, el incremento aumentó al 44%.

Conviene establecer la densidad por kilómetro cuadrado de territorio. Si consideramos la superficie total del país, incluyendo la Antártida, ella fue en 1952 de sólo 3,0; considerando sólo la parte americana de Chile, se elevaba a 8,0; en las comunas de Quillota y La Cruz fue, en cambio, de 119.

Considero que mucho más importante que este cálculo es el determinar la densidad en la superficie útil o ecúmene. En Quillota vive realmente toda la población en las tierras regadas, de que proviene su alimentación, por cuanto las serranías representan un valor muy restringido. Resulta en ellas una densidad de 446. Tenemos que ver, pues, con condiciones iguales a las de la Europa Occidental.

También interesa destacar el desarrollo habido en la ciudad de Quillota:

1800	1.070	habitantes
1813	1.500	“
1854	6.340	“
1907	11.449	“
1943	16.432	“
1952	22.957	“

Actualmente, la población se está acercando a 30.000 almas.

El censo de 1813, de don Juan Egaña, tuvo la virtud de constituir un levantamiento completísimo, en que no sólo se estableció la estadística demográfica corriente, según sexos, estado civil y grupos de edades, sino también la composición racial, las actividades, la fuerza militar y las principales industrias. Fue un verdadero inventario con que Chile inició su vida independiente.

Me limitaré aquí a indicar solamente las actividades por grandes ramas, agregando de inmediato los datos del Censo Económico de 1943, que tuve el honor de dirigir y que es el único, de los numerosos que hemos realizado, que permite hacer comparaciones con el de don Juan Egaña.

He aquí los resultados:

Las actividades en 1813 y en 1943 en las comunas de Quillota y La Cruz

Ramas	Datos absolutos		Datos relativos (%)	
	1813	1943	1813	1943
Agricultura	2.037	3.750	73	34
Minería	23	121	1	1
Industria	274	2.708	10	24
Comercio y comunicaciones	93	2.208	4	19
Servicios	38	1.663	1	15
Domésticos	207	755	11	7
Totales	2.772	11.205	100	100

La población señalada en el cuadro precedente es la activa. Ella representaba en 1813 el 37% del total, siendo esta proporción en 1943 del 38%.

No obstante un aumento del 84% habido en la población que trabaja en la agricultura, su importancia relativa bajó de las tres cuartas partes de los activos en el censo de don Juan Egaña a la tercera parte en el de 1943. La posición relativa de la minería no varió, y fue muy pequeña en ambos censos. En cambio, experimentaron un desarrollo extraordinario la industria, el comercio y comunicaciones y los servicios. Proporcionalmente, hay mucho menos domésticos en la actualidad que 1813.

Y quisiera llegar ahora al término de este análisis de los orígenes de Quillota. Os invito a que nos traslademos al cerro Moyaca y que contemplemos desde su cima la campiña. Tendremos a nuestros pies uno de los paisajes más asombrosos que puede ostentar nuestra patria, un paisaje cultural, vale decir, transformado por el hombre. Hacia el noroeste veremos la antigua Calle Larga, que parece un solo gran vergel, un inmenso huerto frutal. Hacia el oriente se abren los potreros de las haciendas y chacras, hasta el pie del cordón del cerro de La Campana. Hacia el sur, los predios se achican considerablemente. Asoman en medio de los huertos que predominan en el paisaje, algunos de los edificios industriales, actividad que ha venido a complementar tan felizmente la agrícola. Mirando hacia el norte, se alcanzan a divisar los humos de la fábrica de cemento de El Melón, una de las mayores del mundo, situada fuera del sector aquí estudiado. Hacia el sur, se levantan las chimeneas de la gran fábrica de hilados de rayón y papel celofán de Said. En Quillota, la integración de la agricultura con la industria ha permitido mejorar ostensiblemente el standard de vida. A nuestros pies se extiende la ciudad de Quillota, que ha sabido complementar felizmente un estilo tradicional con tendencias modernas de nuestro tiempo, sin hacer falso "colonialismo" ni modernismo rebuscado. Encanta poder establecer cómo se complementan ambas épocas. Debido a este industrialismo, la zona se encuentra en vertiginoso crecimiento, vislumbrándose ya que se unirán en un solo gran centro todas las ciudades y pueblos desde Nogales, Artificio y Calera, pasando por Quillota, Limache, Villa Alemana y Quilpué, hasta Viña del Mar y Valparaíso, para formar finalmente una superurbe sui generis, con longitud de 75 km. y escasa anchura.

Pero quisiera que concentremos ahora nuestra atención al antiguo mitimae incaico, que dejó deslumbrado a los españoles cuando lo conocieron. Tenía en 1952 1.679 viviendas y 7.422 habitantes, lo que representa una densidad de 687 habitantes por kilómetro cuadrado, considerada la superficie total, de modo que su densidad era igual a la de Bélgica, el país más poblado de Europa.

Experimentó, naturalmente, múltiples transformaciones en su agricultura desde la llegada de los españoles. La quinoa fue reemplazada por el trigo; la llama por la oveja; se introdujeron vacunos, caballares, mulares, asnales, cabríos y nuevas especies de aves de corral, como también porcinos y colmenas. Pero el maíz, el fréjol, la papa, el ají, el camote, la frutilla, el tomate y el zapallo ya existían antes. Un progreso evidente fue también la introducción del cáñamo y del lino; posiblemente, reemplazaron, en parte, al algodón.

Pero la mayoría de estos productos se cultivan más bien fuera del sector de la antigua Calle Larga, pues en ella casi toda la superficie está destinada a hortalizas y a árboles frutales. Estos últimos sumaron 99.474 en 1943, siendo el 45% de ellos indígenas, a saber:

Paltos	22.102
Chirimoyos	17.958
Papayos	3.659
Lúcumos	600
Palmeras de miel	17
Total	44.336

Suministran más de la mitad del valor de las frutas. El peso total de éstas, incluyendo las especies introducidas, entre las que se destaca el durazno, con 18.281 ejemplares, fue en 1942-43 de 2.659 tons.; a las cinco especies indígenas correspondían 1.169 tons., lo que es el 44%

Había en la Calle Larga 218 explotaciones agrícolas, con una superficie de 653 hectáreas, de modo que cada cual disponía de una superficie media de sólo 3 has. Sólo 10 poseían entre 10 y 50 has. Trabajaban en ellas 738 personas.

Si se multiplica el volumen de cada producto por un factor equivalente a la relación de su precio con igual cantidad de trigo, la producción total de este sector fue de 100.446 qqm. equivalentes de trigo, y si se divide esta cantidad por la superficie agrícola, resulta un rendimiento medio para la producción total, de 170 qqm. equivalentes de trigo por hectárea.

Es éste el valor más alto que existe en todo el país. En los terrenos regados del Valle Central, el mismo es de sólo 22,5; en los del Norte Chico, de 31,9; en los del Norte Grande, de 50,8; en San Felipe, de 74.

Y para dar una medida extranjera: el rendimiento medio que obtiene el país más avanzado en materia agrícola de Europa, que es Dinamarca, es de 39.

El antiguo mitimae incaico de Quillota, que se ha conservado a través de los siglos, transformándose paulatinamente en una zona de pequeños campesinos chilenos libres, por los procesos históricos que he tenido el agrado de explicaros, produce, por unidad territorial, cuatro veces más que el país mejor organizado de la vieja Europa.

Creo que es una lección, pues indica un camino, una posibilidad. Y ojalá la aprendan también aquellos que no tienen fe en el porvenir de nuestra nación.

He dicho.

Notas al margen

(1) El autor ha dado a conocer sus opiniones al respecto en la Introducción a la segunda edición de "Los Aborígenes de Chile", de José Toribio Medina (Santiago, 1958), y en su "Sociología", 3 tomos (Santiago, 1959; Colección Apuntes de la Editorial Universitaria).

(2) Un inventario de las estaciones arqueológicas americanas estudiada; mediante el método del radio-carbón se encuentra en el estudio de Thomas R. Henry "Ice Age Men, the First American", en National Geographic Magazine, diciembre de 1955, Washington.

(3) Marino de Lovera, "Crónica del Reino de Chile", Santiago, 1865.

(4) Véase el estudio del autor: "Darwin y Chile", en los Anales de la Universidad de Chile, 1er trim. de 1960, Santiago. Se hace en el mismo revisión crítica de la teoría acerca de un pretendido solevantamiento recién de la costa, sosteniéndose que no ha habido cambios en su nivel desde el período glacial, pero que ha variado el nivel del mar.

(5) Max Uhle expuso sus conclusiones finales al respecto en la segunda edición de sus "Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna", Quito, 1922. Es una de las obras fundamentales sobre arqueología americana, desgraciadamente difícil de conseguir, de modo que sería deseable una nueva edición, que podría hacerse incluyendo otras obras esenciales de este autor.

En la lengua cunza, Coimas significa viento (una antigua mina situada en ese lugar lleva ese mismo nombre, que corresponde a la traducción exacta); Casuto es hondonada barrosa; y Tupungato, tanto como cerro puntiagudo.

(6) Se han publicado dos volúmenes que contienen estos documentos, bajo el título de "Mensuras de Ginés de Lillo", tomos XLVIII y XLIX de la Colección de Historiadores de Chile, Santiago, 1941 y 1942.

(7) Trátase de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda Serie, tomos I y II, Santiago, 1956 y 1957.

(8) Garcilaso de la Vega, "Comentarios Reales de los Incas", 2 tomos, Buenos Aires, 1945.

(9) Trátase de una investigación personal del autor. Poco significa fértil en quechua, característica de aquel paraje. Es más conocido actualmente con el nombre de Corinto, por el molino de este nombre que se estableció en el lugar, como uno de los primeros industriales del país.

(10) De esto se desprende que Lautaro no avanzó a Santiago por un deshecho, ni que fue atacado por uno, sino que se encontraba justamente en el camino real a la capital del reino. La razón por la cual el antiguo camino pasaba por Pencahue y no por el Valle Central, consiste en que se trataba de evitar tener que cruzar un gran número de caudalosos ríos. Al dirigirse en la forma indicada desde Curicó a Pocoa, no había que pasar por uno solo. Cruzado el Maule en Pocoa, se continuaba por la Cordillera de la Costa, y no había más ríos que vencer hasta llegar al Itata.

(11) Diego Rosales, "Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano", Valparaíso, 1877-78, 2 tomos. Interesa sobre todo el primero.

(12) Véase Ludovico Bertonio, "Vocabulario de la Lengua Aymará", 2 tomos, Juli (Bolivia), 1612; edición en facsimilie, Leipzig, 1879.

(13) Véase José Armando de Ramón Folch, Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro, Santiago, 1953; Cristóbal de Molina Conquista y Población del Perú, en este Boletín, N.° 7, de 1936.

(14) Véase Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Almagro; episodios de su vida, en este Boletín, N.° 7, de 1936.

(15) He utilizado el "Diccionario Kkechuwa-Español" de Jorge A. Lira, Tucumán, 1945.

(15-a) Se ha procurado derivar este nombre también del araucano, pero no hay palabra araucana que le corresponda. Además, en esta lengua se llamaba Llancarehue (lugar en que se encuentran llancas o piedrecillas verdes, malaquitas), como lo dejó establecido J. T. Medina en su biografía: "El piloto Juan Fernández y Juan Jufré" (Santiago, 1918, págs. 28-29). Consta en ella también que la pucará incaica de Moyaca se encontraba situada en la extremidad NE. del cerro, justamente frente a la Cancha de Santa Ana, de que se habla más adelante en el texto.

(16) Véase las "Mensuras de Ginés de Lillo". obra citada, vol. XLIX, págs. 308-9. En la transcripción hay evidentes errores en los topónimos. Debe leerse Poncahue donde dice Doncahue; Pelehue en vez de Pelabie; Dahuilmo por Paguelmo; Pelehue por Pelalmo; y Conhue en vez de Congue.

(17) Véase, por ejemplo, Louis Baudin, "El imperio socialista de los Incas", Santiago, 1943, cap. IX.

(18) Antes de la última guerra, en 1935, la participación del Estado en la renta nacional era como sigue:

Alemania	37%
Estados Unidos	34%
Francia	34%
Gran Bretaña	28%
Italia	37%

Actualmente es mayor en varias de estas naciones.

Véase Carlos Keller, "El sistema de las finanzas chilenas", en "Economía", Santiago, 1949, Nos. 32-33.

(19) A esto se debe que las altas culturas andinas, únicas que conocían el uso del bronce en América, no llegaran a establecer una aleación fija ("clásica"), como en el Viejo Mundo, sino que cada ensaye señale una proporción diferente. Véase al respecto Walter Krickeberg, "Etnología de América", México, 1946, pág. 432.

(20) Garcilaso de la Vega da una excelente descripción de este sistema de comunicaciones en sus "Comentarios Reales", ya citados, cap. VII del libro VI.

(21) El Camino de los Maulinos está mencionado en la "Descripción de la Provincia de Valparaíso", por S. Peña, incluida en el Anuario Estadístico de 1870 y 1871, Santiago, 1872, pág. 334.

(22) Véase Guaman Poma de Ayala, "Nueva Crónica y Buen Gobierno", París, 1936 (edición facsimiliar).

(23) La concesión consta en las "Mensuras de Ginés de Lillo", tomo XLIX, págs. 255-56, en que Pedro de Valdivia se refiere a su predio y encomienda.

(24) El nombre figura en repetidas ocasiones en el estudio de Manuel Montt sobre la historia de la hacienda de San Jerónimo, en la Revista Chilena de Historia y Geografía, Nos. 114 y 115, Santiago, 1949 y 1950.

(25) Véanse las "Mensuras de Ginés de Lillo", tomo XLIX, pág. 301. (26) Véase la misma obra, págs. 308-9. Consúltese la nota N.° 16 sobre topónimos mal transcritos.

(27) Véase Benjamín Vicuña Mackenna, "De Valparaíso a Santiago", pág. 154 ("Obras Completas" tomo XVI, Santiago, 1940).

(28) Véase la nota N.° 16.

(29) Véase la obra citada en la nota N.° 27, pág. 193.

(30) Véase lo dicho en la nota N.° 23.

(31) Véase la biografía de Rodrigo González Marmolejo, en la obra de Tomás Thayer Ojeda, "Formación de la Sociedad Chilena", t. II, págs. 89-103, Santiago, 1941.

(32) El título consta en la Col. de Doc. Inéd. de Medina, ya citados, tomo I, págs. 17-24.

(33) Al hacer estudios sobre la constitución de la propiedad agrícola del país se incurre fácilmente en el error de no tomar debidamente en cuenta terrenos pertenecientes a reducciones indígenas y sus sucesores, que no tienen, por lo general, títulos inscritos, por tratarse de un dominio de hecho y fácil de probar. Por eso, las mercedes contienen siempre una cláusula que excluye esos terrenos, como también los de terceros con mejor derecho.

(34) Los títulos de Ulloa constan en las "Mensuras de Ginés de Lillo", ya citadas, tomo XLIX, págs. 172-80.

(35) El título de Juan B. Pastene figura en las "Mensuras de Ginés de Lillo", tomo XLIX, págs. 297-308.

(36) Con esta jurisdicción territorial figura la "provincia de Quillota", por ejemplo, todavía en 1792 en la "Descripción Histórico-Geográfica del Reino de Chile", de Vicente Carvallo y Goyeneche, tomo II, págs. 73-77.

(37) Véase este Boletín, N.° 50, de 1954.

(38) El censo de Juan Egaña ha sido publicado bajo el título de Censo de 1813, por el Archivo Nacional, Santiago, 1953.

(39) Una buena información sumaria sobre el hombre americano, antropológicamente considerado, se encuentra en la obra de Krickeberg, citada en la nota N.° 19, Introducción; y en A. Houghton Brodrick, "El hombre prehistórico", México, 1955, cap. IV.